

## LA UNIDAD Y LOS HETERÓNIMOS: ARTICULACIONES DE LA CULTURA EN AMÉRICA LATINA.

Ana Pizarro

Pocas veces en la historia literaria se ha expresado con tanta nitidez la pluralidad del ser como en Fernando Pessoa y sus heterónimos. *”Desde que me sé un yo, recuerdo haber fijado mentalmente, con sus correspondientes figuras, movimientos, caracteres e historias, varios personajes irreales que eran para mí tan visibles y míos como las cosas que forman parte de lo que designamos, quizás abusivamente, vida real. Esta tendencia, que me domina desde que me recuerdo como un yo, me ha acompañado siempre, modificando en parte la melodía con que me encanta, pero manteniendo siempre su fuerza de encantamiento.”* Es así como fueron naciendo los heterónimos de Fernando Pessoa : Alberto Caeiro, Ricardo Reis, Alvaro de Campos, Bernardo Soares, entre otros, con sus distintos discursos, direccionalidad - visiones de mundo, amistades, vida, identidades-. Con cada uno de ellos estableció el escritor una propia relación : *”Un día en que finalmente me había dado por vencido – fue el 8 de marzo de 1914 – me acerqué a una cómoda alta y, tomando un manojo de papeles, comencé a escribir de pie, como escribo siempre que puedo. Escribí más de treinta poemas seguidos, en una especie de éxtasis cuya naturaleza no conseguiría definir. Fue el día triunfal de mi vida, y nunca podré tener otro igual. Empecé con el título – **El cuidador de rebaños** - y lo que siguió fue la aparición de alguien en mí, a quien, desde el primer momento, di el nombre de Alberto Caeiro. Perdóneme el absurdo de la frase : había aparecido en mí mi maestro. Fue esa la sensación inmediata que tuve. Y tanto fue así que, una vez escritos esos treinta y tantos poemas, tomé inmediatamente otro papel y escribí, también uno tras otro, los seis poemas que constituyen la **Lluvia Oblicua**, de Fernando Pessoa. Inmediata y completamente...Fue el regreso de Fernando Pessoa – Alberto*

*Caeiro a Fernando Pessoa propiamente dicho-. O mejor, fue la reacción de Fernando Pessoa contra su inexistencia como Alberto Caeiro.”<sup>1</sup>*

El heterónimo es, pues, como sabemos, “el autor fuera de su persona”, frente al seudónimo, en el que el autor se manifiesta y que es una extensión de sí mismo.

Las relaciones de lo uno y lo múltiple son así, variadas, y es sin duda este reconocimiento y evidencia de las articulaciones de las identidades y la identidad lo que en gran parte ha desencadenado este rescate masivo por la modernidad tardía, a nivel internacional, de Pessoa. La temprana escisión en el niño Pessoa, es explicada de diferentes maneras. Conociendo poco de la crítica sobre el escritor, que es extensa, pienso que alguien deberá ya haber considerado para explicarla, más allá de un Portugal como imperio desmembrado, la también temprana experiencia de vida en una sociedad fuertemente fragmentada como fueron sus años de escuela secundaria, desde 1896 hasta 1905, en Sudáfrica. Esta experiencia, además de otros elementos en la configuración de una psiquis individual, no puede haber sido sino la de la tensión de una multiplicidad no resuelta.

Pero no es ese el problema que quiero abordar hoy. Más bien me he aproximado a Pessoa y a su heteronimia como una forma de metáfora. Y no es un azar que el elemento que articula la comparación que propongo sea la realidad – o aquello que designamos abusivamente así - del mundo periférico. Tal vez la metáfora sea una necesidad que se nos impone para exorcizar los demonios de un universo aparentemente caótico y darle algún tipo de inteligibilidad. El caos de nuestros países, como podemos recordar, era, para la Inquisición la evidencia misma del imperio del demonio.

---

<sup>1</sup> Carta de Fernando Pessoa a Fernando Casais Monteiro, Santiago Kovadloff, “Fernando Pessoa: ser portugués”, en: **Pensamiento de los confines**, n°6, primer semestre de 1999, Universidad de Buenos Aires.

Durante los años sesenta se fue imponiendo en este continente, y bajo la forma casi militante, la idea de “búsqueda de la identidad”. Esta expresión, presente en los iniciales encuentros de escritores, luego de estudiosos sobre Latinoamérica, era la respuesta apropiada a una historia y una forma de pensamiento. Nos encontrábamos en el contexto de un despertar social masivo que iba en incremento: Guatemala, Brasil, Cuba, luego Chile iban a diseñar su expresión. La industria cultural europea había puesto los ojos en una forma de conciencia discursiva que se expresaba en la novela, pronto desbordante de una vitalidad que esta misma industria estimulaba y que ponía en evidencia formas de entender el continente. Era un momento en que la ficción se imponía a la crítica que veía en el brote de este *geiser* aguas de diferente color, cuyos mecanismos de construcción discursiva eran sin embargo próximas. Lo mismo sucedía en las artes plásticas: Tamayo, Lam, Matta, Szyzlo, Portinari o las tallas puertorriqueñas serían difícilmente explicables en sus articulaciones si no hubiese existido el ojo crítico privilegiado de Marta Traba para observar el funcionamiento de su trazo en una perspectiva continental.

Es que, así planteada, esta noción pecaba de generalización y soslayamiento. Esta “búsqueda de identidad”, propia de las necesidades de culturas herederas de procesos coloniales recientes, comenzaba en las décadas siguientes a ponerse en evidencia como una opción restrictiva. Era restrictiva porque el correlato de esa “búsqueda” era el “encuentro”. Es decir la noción de identidad como una revelación, como el des - velar un cuerpo escondido, estático en la espera de su descubrimiento, una entidad orgánica, unitaria, armónica en su falta de contradicción, convergente en su diversidad.

El descrédito de la racionalidad occidental en la que nos había sumergido esa modernidad puso en evidencia, entre otras cosas la honda escisión de lo uno en lo múltiple en que nos hemos constituido, por razones de la historia que nos tocó. Lo que Europa descubrió como el perfil del

ser humano a fines del siglo XX nosotros lo habíamos experimentado como nuestra forma de ser, en el mundo periférico. Nos habíamos descubierto además, como lo expresó tan maravillosamente Matta en uno de sus trabajos – *L'Etreur* –, como un “ser que está siendo”, como una identidad en evolución, en construcción, en juego de diacronías. La modernidad tardía iba entonces a ponernos en evidencia, ahora a nivel intelectual, esa escisión de lo uno en lo múltiple que nos perfila, la heteronimia que hace que América Latina sea el área andina, pero no lo sea al mismo tiempo absolutamente, sino que sea ella y varias más. Que se exprese en la irreverencia cultural de Borges, propia del área sudatlántica, zona de inmigración, pero que no lo sea al mismo tiempo y se diga a menudo que ella es la parte “europea de América”, soslayando que es uno de los modos de esta cultura de apropiarse, entre otros, de Europa. Que el Caribe se adscriba a una cultura latinoamericana, y se integre por otra parte a un conjunto de sesgo propiamente antillano o también a veces parcialmente metropolitano. Basta pensar en Naipaul. Que en el área latina un chicano sea diferente de un nuyoricán. Esta heteronimia hace que un indígena pemón de la selva amazónica poco tenga que ver con un descendiente de la inmigración italiana de Buenos Aires pero que sin embargo estén articulados por patrones vinculantes, a veces rizomáticos, a veces en base a una matriz centralizada, pero perfilados en historias de diseño relacional, aunque de direcciones diversificadas.

Esta heteronimia tiene también que ver con las relaciones de desconocimiento entre el área hispana y lusitana del continente que ha atravesado el siglo reciente. Nuestra gran carencia. Hoy, en esta gran escisión comenzamos a ver que es posible visualizar nexos. Unos de tipo estructural, en el paralelismo de los procesos en el barroco de Minas y el barroco altiplánico, con sus diferencias, en la arquitectura eclesiástica en general del período, en las respuestas creativas al romanticismo francés que nos invadió en el XIX, en los trazos parciales de un arcadismo. Otros nexos tienen que ver con relaciones históricas concretas: Alfonso Reyes, Gabriela Mistral, Emir

Rodríguez Monegal en Brasil y las resonancias de su interacción con esta cultura. Los cientistas sociales brasileños de los sesenta en la propuesta interpretativa del continente que surge desde Chile en la época de su exilio. Observamos ejes externos vinculantes, como es Francia y Europa más o menos fuertemente en determinados períodos: Borges, Huidobro, Oswald o Tarsila y los procesos de vanguardia, Góngora en Sor Juana y Gregorio de Matos . Las culturas orientales en Paz, Tablada, Oswald nuevamente, Haroldo de Campos entre otros. Es decir, hay zonas de contacto, que toman el carácter de viajes, delimitaciones conceptuales, emergencia de imaginaria. Está el curioso caso de las *Cartas Chilenas* de siglo XVIII , parte importante de los escritos de la Inconfidencia, en Minas Gerais, en donde la figura del Otro es usada ahora, como en Montesquieu, como subterfugio.

La heteronimia en esta dirección del conocimiento está comenzando a abrirse caminos de identificación.

Dentro de la percepción de América Latina como conjunto, la multiplicidad tiene también que ver con soslayamientos. Con que la focalización de la observación en uno de los fragmentos proyecte a éste espectacularmente, en desmedro de los demás - como sucede con Alberto Caeiro “maestro” de Fernando Pessoa - . Es lo que ha sucedido con la proyección de la historia cultural del área mesoamericana y andina por ejemplo, considerada tradicionalmente como el paradigma de la cultura latinoamericana, en una perspectiva que sitúa a la variedad restante en un segundo o tercer lugar ,de interés explicativo menor .

Dentro de esta dispersión me preocupa un área estrechamente anclada en los orígenes y el futuro del imaginario continental: el área amazónica. Se trata de un espacio que ha sido bastante ignorado desde una perspectiva cultural no específicamente antropológica. En ella, perfilar la desarticulación del presente nos obliga a la mirada permanente tanto a la historia como al futuro. Me preocupa también por otra situación, que es la propia de todas las áreas

culturales pero que tal vez en la Amazonia se perciba con mayor dramaticidad : y es que la heteronimia es también una forma de articulación interna en cada una de las áreas. Desde luego en alguna más que en otra o en un sector de ellas más que en los demás, pero basta pensar en las diferenciaciones en el interior del Caribe, en las de la cultura ecuatoriana de la sierra con la del Chile central del área andina, en las internas dentro del Brasil, en las de sectores centroeuropeos e italianos, japoneses , o incluso bolivianos de inmigración en el interior de Buenos Aires. El sentido unitario de esa dispersión, las formas que adoptan las culturas periféricas, deja a menudo de ser aprehendido.

La Amazonia es una de las zonas geográficas más amplias del continente. Constituye un complejo cultural que va mucho más allá del río Amazonas, como a veces quiere entenderse la extensión del área, abarcando en cambio el espacio correspondiente a toda una red fluvial en donde el Amazonas es el eje troncal. Se extiende en realidad en aproximadamente un tercio del área sudamericana. En ella participan en distintos grados ocho estados , como son Brasil, Bolivia, Colombia, Ecuador, Guyana, Perú, Surinam y Venezuela. Aunque la mayor parte de su cuenca se sitúa en el Brasil, su importancia en los distintos territorios nacionales, oscila entre el 2,75% del territorio de Guyana y el 75% de Bolivia. En Brasil representa un 58,50% del territorio nacional. En tanto, la población total de la Amazonia, hoy principalmente compuesta de inmigrantes, superaría los 22 millones de personas, entre agricultores, mineros y pueblos del bosque (amerindios nativos, caucheros y ribereños), pero también habitantes de las ciudades.

Esta área va teniendo actualmente creciente importancia geopolítica y económica y su significación se acrecienta en términos de los problemas que se perfilan en el siglo XXI.

La construcción de un horizonte cultural común, en su diversidad , se hace cada vez más indispensable en términos de una apropiación identitaria desde América Latina de uno de los

espacios que configuran su fragmentada unidad y han contribuido, históricamente, a perfilar su imaginario social. Se trata, pues, de configurar informativa y conceptualmente desde nuestra perspectiva disciplinaria, los estudios de la cultura y la literatura, una zona cultural que parece lejana y es próxima, y cuya centralidad es cada vez más evidente.

La Amazonia es una zona cultural compleja y diversificada, constituida por sujetos sociales diferentes de los de otras áreas del continente, poblaciones que han forjado su patrimonio de conocimientos y construido sus imaginarios en la convivencia con los más diversos ecosistemas. Éste es el patrimonio que las poblaciones originarias y tradicionales de la Amazonia ofrecen en el diálogo con otras culturas y saberes. En ellas, la diversidad se llama actualmente: comunidades indígenas, caboclas (campesinas), ribereñas, extractivistas, negras descendientes de quilombos, mujeres dedicadas a la quiebra del coco, migrantes recién llegados. Poblaciones permanentemente en movimiento que construyen un imaginario sobre ellas mismas. Se trata fundamentalmente de un discurso oral. Pero también se construye desde el exterior un imaginario sobre ellas. Allí está el discurso literario, el de las artes visuales, el de la música.

Desde el viaje frustrado de Gonzalo Pizarro, luego el de Francisco de Orellana o la vista de la desembocadura del Orinoco por Cristóbal Colón, el relato de Pedro Simón, el de Cristóbal de Acuña, el de Sir Walter Raleigh, su historia atraviesa los viajeros científicos, y llega hasta el despojo actual. Esto se expresa en un espesor discursivo del género crónica relativo a los trayectos fluviales. Discurso literario y discurso visual de los imaginarios. El área soporta un imaginario mítico que se inicia con su misma denominación, con el País de la Canela, la Eterna Juventud o El Dorado, que desplaza ejércitos, explicando la irracionalidad de una cantidad de empresas que se ponen en marcha desde 1500. La apropiación creativa de mitos europeos o formas imaginarias como el hombre con los pies al revés, el acéfalo y otros han poblado la

historia cultural del área. Este espesor mítico tiene su soporte en textos. Otra densidad mítica tiene que ver con el imaginario de los pueblos indígenas de la región. Se trata de un corpus de oralidad que ha sido trabajado por la antropología y diseña junto al anterior un sistema cultural complejo.

La segunda entrada de la modernidad en el área está dada por los viajeros científicos, punta de lanza de la lucha europea por el poder: botánicos, naturalistas, zoólogos lideran las expediciones que van a generar un imaginario del progreso frente a la barbarie, del orden frente al caos, en el que también estará el aporte de las misiones religiosas – cristianos nuevos en Paraíba, jesuitas en la parte de la Amazonia andina, salesianos en el Mato Grosso, diferentes iglesias protestantes hoy, entre otros -. El contrapunto es el mito libertario que mueve a las poblaciones esclavas hacia la selva del interior del Brasil, de Suriname.

En la configuración histórica del área tiene especial importancia el período de fines del siglo XIX y comienzos del veinte, hasta fines de la Segunda Guerra Mundial, con el auge del caucho en el mercado internacional que enriquece a los hacendados de la zona y atrae capitales ingleses e internacionales. Ello condiciona una época de auge cultural en que Manaus se convierte en el “París de los trópicos”, en donde la ópera italiana desembarca directamente en su teatro construido ad hoc, en donde el vestuario y la vida cotidiana de Manaus y Belém hablan de una directa relación con Europa – París fundamentalmente en lo cultural – y se desarrolla la arquitectura, e incluso el cine. Es el período de “la borracha” en Brasil, el caucho en Colombia y Venezuela, la goma en Bolivia, expresado en la clásica novela del colombiano José Eustasio Rivera *La Vorágine*, en *Galves, o rei do Acre* de Marcio de Souza.

Este espesor histórico y de los imaginarios ha sido incorporado a las formas de la cultura ilustrada de América Latina. Por una parte en el trabajo de narradores y poetas – Mario de



Andrade, Darcy Ribeiro, Alejo Carpentier , Euclides da Cunha, José Eustasio Rivera, Marcio de Souza , Milton Hatoum - así como en la creación de artistas visuales quienes, como Soto u Otero en Venezuela, explican su expresión estética – en este caso el movimiento cinético - a partir de las formas de vida y en concreto de la luz que se dan en la región. También lo ha sido por la música de Villa-Lobos, así como por la de generaciones más jóvenes.

Desde los años sesenta del siglo XX, la modernidad tardía latinoamericana significa para la región una modernización capitalista a ultranza impulsada por los gobiernos militares. Comienza a desarrollarse también el cultivo y exportación de estupefacientes sobre todo en el área boliviana, peruana, ecuatoriana y colombiana. Distintos imaginarios se suceden, antagonizan, evidencian universos en pugna. La Amazonia es reservorio de formas de vida y relación con el mundo otras: festividades y expresiones de una cultura de mezcla (“bumba meu Boi”), pero pone al descubierto una relación muy violenta por la incursión de la alta tecnología desde los países centrales, las transnacionales ,las hidroeléctricas y las mineras, las misiones evangelizadoras que aterrizan en la selva en aeropuertos propios (caso Nuevas Tribus,en Venezuela) con los intereses de los habitantes del lugar. También lo hacen algunos discursos ecologistas. El enfrentamiento modernización tecnológica y universos tradicionales muestra nuevas formas de apropiación por la industria transnacional de las “drogas do sertao”, base de nuevos medicamentos. Hay, pues, narrativas diversas de inmigración, imaginario de seringueiros, garimpeiros, ahora enfrentados a las mineras y a los grupos indígenas, particularmente a los yanomami; peones, colonos, poblaciones herederas de quilombos, - tanto en la parte brasileña como en Surinam, como ha sido estudiado por Richard Price. La historia de los imaginarios del área es una sucesión de insólitos, de construcciones disímiles y en enfrentamiento. Fines del siglo veinte es ahora el imaginario de la reivindicación, ligado a distintas actividades y a diferentes tradiciones: una mujer quebradora

de coco o un indígena desplazado por la imposición de las hidroeléctricas, un niño trabajador de la zona libre de Manaus, o un campesino sin tierra. La Amazonia, esta área soslayada, que denuncia su condición de periferia de la periferia, pone, pues, en evidencia su diversidad. Ella da lugar a textos, discursos, formas estéticas y constituye uno de los heterónimos de América Latina que atraviesan las diferencias lingüísticas, articulados por fuerzas similares de reconstitución de la memoria e intento de construir futuro.

Termino esta perspectiva con un poema actual que no es más que una receta de cocina. Se trata de la información para cocinar unas galletas antropomorfas de la zona llamadas “Indios Malucos”. Dice así :

“Se forma un abanico ferruginoso  
de floresta  
y se le mezcla chocolate granulado  
y mostacilla en colores de ocaso.

Se añade azúcar impalpable;  
un limón para darle luz a la mente.

Se hace un glacé para formarles la boca  
combinando clara de huevo  
con azúcar impalpable.

Los ojos también se forman  
de clara y azúcar.

El cuerpo se arma de masa  
de harina de mandioca.

Una vez secas se sueltan en la jungla

a estas criaturas  
para que las cuchillas de las excavadoras  
las trituren otra vez y se tornen  
en lo que siempre fueron desde 1542:  
ojos desencajados de furia y espanto.<sup>2</sup>

---

<sup>2</sup> Nicomedes Suarez-Arauz, *Edible Amazonia*, Nueva York, 2002.